

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

# DISCURSO

leído en la solemne inauguración del curso  
académico de 1933 a 1934

POR EL DOCTOR

D. Francisco Maldonado de Guevara

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras



*F. Maldonado*



SALAMANCA

Imprenta y Librería de Hijos de Francisco Núñez Izquierdo.  
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25

1933



No sólo es posible e interesante el curso vital del hombre, viseado en todo su rendimiento. También lo es, y de mayor momento, el de un pueblo. Ni tampoco deja de serlo el de una ciudad. Estamos acostumbrados a considerar el curso vital de un pueblo o de un hombre. La historiografía y la biografía nos han habituado a ello. No así respecto del curso vital urbano, del cual nada nos dicen, en su consumación y rendimiento, las crónicas ni los anales de las villas. ¿Por qué? Estas crónicas y anales dan razón de la vida y de la historia constituyente de las ciudades. Por eso tales obras en su propia calidad no terminan nunca. Sigue la vida, como en los cuadros barrocos en que aparece una alineación de figuras junto a una mesa, un banco u otra cualquiera línea de reparo. El pintor no pintó el un cabo del banco o de la mesa, y supone que la serie viviente sigue, se alarga fuera del marco. Un curriculum aetatis vigentis es pues un absurdo, una contradictio in adjecto. Es menester que el trecho haya sido recorrido, la vida rendida, para que tenga cabal razón de contemplación y de composición. Los historiadores suponen la historia de un pueblo vivo como formada de etapas fenecidas, y sobre ellas aplican su consideración y construyen su sistema. Los cronistas de ciudades, no. Construyen sobre el supuesto de una unidad indestructible, que persiste. Operan siempre sobre la ciudad constituyente, no sobre la ciudad o las ciu-

dades constituídas. Nunca consideran la urbe geográfica en sí, sobre la cual se han asentado varias ciudades sucesivas. Pretenden ser historiadores de la vida, y ésto es absurdo, porque la vida no se puede captar ni historiar. No se dan cuenta los cronistas urbanos de que la ciudad que pretenden historiar en la mayor parte de los casos ha fenecido. Que lo que tienen ante los ojos es otra ciudad. Que, todo lo más, escriben historia de varias ciudades sin real continuidad entre ellas. Que Bilbilis no es Calatayud ni Sagunto Murviedro. El fenómeno urbano investigable delata el apilamiento de varios estratos, de varias capas de cultura civil; y cada una de ellas lo fué de por sí, no enteneda de las que le siguieron. El cronista se mueve siempre guiado por una ilusión. La ilusión, en algunos momentos del foco urbano, irradia colectivamente a todos los ciudadanos y crea problemas y conflictos insolubles. Pretenden traficar con yerbas cenizas, con recuerdos indiscernibles. No es la vieja que chochea sobre sus reminiscencias, sino el esfuerzo desatinado en la ilusión y en la simulación. Estos momentos suelen convertirse en manías colectivas, y amargan la vida y el desenvolvimiento de la ciudad viviente o muriente, que ignora las soluciones de continuidad, su ajenación a las pretendidas repriminaciones. Apenas hay crónica urbana donde se consideren en sí las etapas de la cultura, referidas a la ciudad misma. Verbi gratia: humanismo, renacimiento anterior y posterior, barroco, etcétera. Por eso dan espaldas a la cultura y siguen afectivamente sumergidos en la vida de la propia ciudad, la cual suele ser para ellos tan vital como el hogar familiar en que han nacido o han creado para sus hijos. (Suelen ser indígenas los cronistas de las ciudades, tipos

notables de localización). Además es imposible la aplicación, en serie continua, de la evolución cultural a una ciudad. El espíritu de una ciudad es la incoación o la expansión de una sola y única etapa de la cultura, o el fermento que provoca la transición de una etapa a otra. La crónica de una ciudad es definitivamente esto: Heliópolis o el Renacimiento; Theópolis o la Escolástica; Mathesópolis o el Barroco. Como los cronistas no pretenden nunca esta visión, sino la descansada sobre el fenómeno de que la urbe persiste a través de las ciudades y de las culturas, de ahí que las crónicas pretendan ser historias vitales, en el fárrago del aparato analítico, a pesar del absurdo que esta concepción alberga en sus entrañas. Continua es la vida y discontinua la cultura: es la fusión de ambas lo que da la sensación de continuidad ambivalente. Lo vital discurre y fluye, pero siempre en el presente; no es historiable. Esta es la razón del poco valor de las crónicas y la dificultad de que ninguna, o muy pocas, hayan llegado a ser consideradas como valiosas o como clásicas. Su valoración queda reducida a servir de materiales locales a la historiografía general. Pretendemos esbozar hoy un curriculum civitatis, como fenómeno constituido, perfecto e irrevocable de esta ciudad y de esta Universidad de Salamanca. La tácita antinomia de vida y cultura mantendrá toda la disertación, entremezclando los términos. Nunca aparecerá la antinomia expuesta de modo sistemático ni formulada protocolariamente. Sólo puede hablarse de una ciudad, con entonación civil, cuando ha marcado un pulso de vida en la cultura universal. Por eso Salamanca tiene derecho a ser considerada con atención. En tiempos como los presentes, sobre todo en España, debe ser considerada con

cautela. Por lo menos con la atención que le dedican los extranjeros. El no hacerlo implica el fracaso de la historiografía y de la historia de todo el país. España es una nación caracterizada por su vitalidad mucho más que por su cultura; pero el todo de su cultura fué Salamanca. Salamanca es el coeficiente y el signo y el trámite y el término y el impulso. *Urbs theologica*, con sentido exhaustivo de lo que aportó España a la cultura. Por eso hay que reparar cuidadosamente en ella. En este sentido Salamanca es lo más urbano y lo más histórico de España. España no es un país conservador, porque no cabe conservación sino en la cultura y en la historia. Como país supervital, es, no conservador, sino inalterable. Un país sólo vital no tiene que conservar ningún producto de la cultura, o de su propia cultura pasada, porque en el flujo, absorbente y excluyente, de la vida, en que sólo se encuentra, no le interesa. Los países progresivos son eminentemente conservadores. El hábito de la técnica cultural y naturalística les fuerza a ello. Son capaces y orgullosos de interpretar su propia historia, de conservar sus instituciones en todas sus posibilidades, de catalogar los residuos muertos y de valorarlos patéticamente. Pueden crear un mito de la historia y, en este siglo, un mito consciente. Los países de la cultura se miran en ella, en su integridad, como en un espejo. De la misma manera se miran en la naturaleza experimentada y problemática, en virtud de un procedimiento cultural. Los países de la cultura alcanzan situaciones donde la decadencia es una posibilidad y un problema: por eso la temen, por eso saborean y ponderan su propia historia, queriendo asegurar una garantía de subsistencia y lanzar un puente hacia el porvenir. Sobre la pre-

misa de que el único amago cultural de España ha sido Salamanca, sin desvalorarla, podemos decir que España, al margen hace siglos de las máximas tensiones culturales, es difícil que pueda tener interés en conservar las reliquias de su cultura. De ahí las turbulencias de la destrucción, a lo cual, en medio de las sollicitaciones extrañas de la cultura, tiene un cierto derecho y entuerto vital, como el "porque sí", o el "ha de ser" de Segismundo; porque España goza de una oscura, pero cierta, conciencia, o criptoconciencia, de su inalterabilidad vital, de su extrañeza radical a toda cultura consumada y a toda decadencia; conciencia del seguro de su fidelidad a sí misma en el trasfondo de su vitalidad incoercible. Sobre ella resbalan como algo accesorio, las culturas extrañas, y hasta su propia cultura, incoadora y primigenia, es decir, teológica, en su signo; y puede destruirlas a mansalva y a alma salva, al alma zahareña, silvestre e indomable. De ahí también la incapacidad de España para interpretar las etapas pasadas de su historia. No recuerda, vive en el presente. Como diría Nietzsche, no se queja, no puede quejarse de un dolor, porque ya no se acuerda. Es indefectible entre españoles la expresión de estupefacción ante las reliquias de su grandeza pasada. Esta expresión es observable entre los que pululan por las viejas ciudades. No las comprenden. El concepto de pueblo y de cultura, o de idioma nacional, elaborado por el romanticismo, al llegar a España se deformó en el acto. Pueblo en España es la masa presente, con las necesidades y las sordideces presentes, sin ligamen ninguno con la historia. Si a este pueblo se le echare en cara el aventar las cenizas de hombres representativos de su historia, el enajenar sus bibliotecas, sus

cuadros y sus estatuas, responderá con una expresión de pasmo o de indiferencia. Hay un nombre atroz creado, de cierto, en Alemania: *hispanólogo*. Este sólo nombre, por desconocer la vitalidad de España, la define incluyéndola en las categorías de las cosas consumadas que Goethe llamaba curiosidades, refiriéndose a Egipto y a la India por contraposición a la antigüedad clásica inmortal en el seno de la cultura moderna. Pero el intento cultural de España que forzó una palanca del mundo, fué Salamanca. De ahí el interés que yo quisiera prestar a este curriculum civitatis, el cual fatalmente, y a pesar de toda ponderación gnoseológica, ha de ser a la par un curriculum vitae. Decía el General Thiébault que la Universidad de Salamanca sólo podía escudriñarse en sus propias ruinas. Frase pruriente de un soldado rudo y perspicaz, y sarcasmo puesto en boca del autor material de las ruinas. Triste misión la de buscar la agonía de las ruinas entre las lágrimas de las cosas. Fenece la cultura, sigue la vida. A vueltas de la vida y de la cultura quisiera dedicarme hoy a hablar de Salamanca a la sombra de este mote: Salamanca o Neoescolástica y Barroco. El impulso y la inercia hará que os hable de etapas anteriores y posteriores; pero sólo para encuadrar con fijeza el espíritu y el signo de Salamanca de que la anterior titulación es la expresión más justa.

---



## II

### SALAMANCA: REVISTA ACELERADA

EDAD MEDIA.—La repoblación franca refunde la ciudad. Siglo Onceno. Mozárabes en los arrabales. Don Ramón de Borgoña hace el asiento definitivo de la Ciudad, presa que había sido varias veces de las primeras fugaces reconquistas. Asienta la ciudad sobre tres cerros: San Cristóbal, San Isidro, San Vicente. A par de don Ramón, acaso fuera del tiempo, la leyenda que sus franceses—Simón Lago—localizaron en las Batuecas y en la Peña y Sierra de Francia: leyenda antropogónica y filológica del hombre primitivo, del origen del lenguaje. Antes de don Ramón, Aníbal pasando el río sin puente, por el vado, y ante presa molinera de elefantes. Antes, también, la puente Romana. Y antes, finalmente, Bernardo del Carpio, el héroe leonés de las primeras algaradas. Las pueblas venidas del Norte, sobre el vehículo borgoñón, traen las fascas del imperio leonés-español y del orden civil y político. España franca y europeizante. Cuaja el romance. Son construídas iglesias en los cerros, rebasando el recinto romano. Cada iglesia agrupa a una facción: francos, barbalos o tudescos, bercianos, bragancianos, gallegos, toreses, portogaleses. Linajes salmantinos decantados mucho más tarde en el “Triunfo raimundino”. Fuero de la ciudad, que es un pacto de las distintas pueblas—¿Her-



mandad Internacional? ¿Universitas?—. Don Jerome del Perigord, obispo, trae, primero nuevas, después recuerdos del Cid y de Doña Jimena. El héroe y su mujer hacen donaciones a la iglesia Mayor, dejan hasta hoy su sello, su nombre, su grafología. Surge la primera Catedral. Maestro francés: en la linterna campea el gallo legendario, gallo del Cid, gallo de Francia. Alfonso IX funda la Universidad. Alfonso X la confirma y la refunda, obra grande de escritor. Estatutos papales. Estatutos de Don Pedro de Luna. Don Pedro padre de la república universitaria. Don Enrique de Villena: la magia de Don Enrique se asocia a la leyenda criptouniversitaria. La cueva de Salamanca. San Vicente Ferrer predica. Muere lejos Villena. Fray Lope de Barrientos lee en cátedra, escribe, expurga. El Tostado, Abrahám Zacuto, el primer Don Diego de Torres, rebasan con sus escritos los límites primeros del foco intelectual. Un taumaturgo: San Juan de Sahagún. Una rica hembra de relieve trágico: Doña María la Brava. El Duque de Alba señor del Valle del Tormes, domina sobre la misma área de la ribera que Bernardo del Carpio. Creciendo, florecen los estudios. El Cardenal Anaya Maldonado va y viene del Concilio de Florencia, trae consigo al grande escultor de su estirpe, funda el colegio Viejo. Muere el Cardenal, dejando, resistentes, un sepulcro, una verja, un capelo apolillado.

RENACIMIENTO.—Don Juan, príncipe de Salamanca. El estudio se goza de fronda hispánica. Latín y castellano, lenguas imperiales. El leonés se retira a los aldeanos, resiste en la campaña. Corte del Príncipe: músicos, poetas, teatro. Juan del Encina, Lucas Fernández, Fernando de Rojas. Cancioneros musicales, autos en el

palacio de Alba. Aledaños del Príncipe: Celestina, caballeros, estudiantes generosos, criados, lenguaje latinizante. Nebrija, Hernán Núñez, Doña Beatriz. Véase Nebrija. Estudiantes y rústicos. Fray Diego de Deza, Colón. Palacios Rubios. Alejandro VI negocia con Portugal y Castilla. América. Alejandro VI, Pontífice y César, parte por gala en dos el universo mundo. Hernán Cortés estudiante, gentil latino, bachiller. Montejo. Vázquez de Coronado. Bernal Díaz: de la plaza de Salamanca a la de Tenutistlán. Muere el Príncipe. Pasan embajadores, pasan los Reyes, pasa Cisneros. Surge una arquitectura, como una creación inmensa. Nace un estilo. El plateresco dialoga con el renacimiento, cuchichea con el pasado. Vivaz, tenaz el gótico. Los Fonseca, arzobispos, genitores de la ciudad de piedra, compadres de Erasmo. (¡Cuán lejos Trento!) Celestina pasa y repasa, y entiende en la vida incoercible, elemental. Celestina muere y renace: Feliciano de Silva, Sancho de Muñón. Estudiantes que celebran en el antruejo la fiesta de Sancho Panza, antes de nacer Cervantes. Portugueses, libros de caballerías, Amadís. Teatro latino. Teatro de sayagueses. Gramáticas, teologías, refranes. Estatutos universitarios. Roma. Fundaciones. Colegios Mayores. La arquitectura puebla y repuebla, vertical, cielos y ámbitos. Indigenismo, comunidades. Triunfa Erasmo, triunfa el César. Calla la villa. Civitas Scientiarum.

NEOESCOLASTICA.—Un Sócrates: el Maestro Vitoria emprende restaurar, obra española: contrarreformador. Un cerco de discípulos: Cano, Soto, Medina, después Báñez. El Emperador se sienta a escuchar a Vitoria entre la legión de los trástulos. Cristóbal de Castillejo. Otra vez América. Los togados consultan. Los con-



quistadores se confiesan. Juan Ginés de Sepúlveda, pensador típicamente extrasalmantino, pasa camino de Valladolid. Trento. Celestina se aleja y no vuelve a renacer. Lazarillo nace en una aceña del Tormes. Los clérigos se recogen. La fuerza elemental de la vida convierte el eje de espontaneidad, brota por otros caños. La pícaro colonia da copiosa, infinita, la primera camada. Los pícaros pululan, hambrean. Elecciones universitarias. Turbulencias estudiantiles. Vitores. La vida nacional tira de su estambre proletária, instintiva, brutal. Felipe II se casa. Fray Luis de León, los émulos. Agustinos, Dominicos, los Salmanticenses, Pérez de Oliva, Vázquez de Menchaca. El Brocense. Parafrasis. Gramáticas. Carlos V se retira. Fray Luis endecha. Platón, neoplatonismo. Felipe II, Trento. Termina Trento. Santa Teresa funda. Juan de la Cruz estudia, se gradúa, se descalza. Neoescolástica. Neogótico. La nueva catedral vuelve a lo gótico con majestad neoescolástica. San Ignacio pasa.

BARROCO.—Jesuitas, generación irritable y novísima. El alma mater husmea, pregunta. ¿Prodierunt ex Tridento? ¿Bendición, adulterio? (La catolicidad dominicana decae). Son la Internacional jesuítica, la Protointernacional. Son los conversos de la nación y los marginales del Estado organizados en Internacional. Legión de "arditi". Derechas e izquierdas: los jesuitas, la izquierda teológica. La Internacional, por el Imperio. Los dediticios se hacen los señores. La derecha de los veteranos cede. La aristocracia de la tradición en crisis. Combate, amplitud, diálogo. Las inmediatas de los herejes. Héroes de frontera. Síntesis barroca. Provincialismo sincrético. Jesuitismo uniformador. Los marginales se centran y

asimilan todo el imperio. La Universidad se conmueve. (Pasa Lope de Vega, visita el Carpio, visita Villagonzalo, el solar pairal de Miguel del Carpio: pasa Lope a lo largo del Tormes, dando santiagos y bernardos en el Carpio, y gimiendo bucólicas en Alba). Felipe III. Colegio máximo de la Compañía. Colegio de real magnificencia. La ciudad parte el antiguo lecho y se resiente de nueva fecundidad. Pare un nuevo estilo. Lo último suyo que entrega al mundo. La ciudad se hace barroca. Generación innumera arquitectónica. El Colegio máximo, Lógica y Dialéctica barroca en piedra. Matemática jesuítica. Mecánica de la religión, del arte y de la piedra. Van y vienen de Portugal noticias y borradores de Molina. Suárez. A lo lejos de Suárez, ecoan Descartes y Despinosa. Llega Jansenio a Salamanca. Trae misión estratégica: una liga universitaria europea contra jesuitas. Discursea Jansenio ante el Claustro: hombre tenaz, escribe, vuelve a Salamanca. Pasa Cervantes. El oro de Indias llueve danáico sobre retablos, estatuas, ornamentos. La ciudad se hace devota. Conversiones en masa, ejercicios espirituales. Mendigos, pícaros y ermitaños. El Conde-Duque, Rector. Calderón estudia. Malthusianismo clerical. Ramos del Manzano. Síntesis. En el centro de España, todo el arte y toda la historia se resuelven en teatro, a par de los Reyes. Aquí la ciencia se funde en arquitectura y la teología se resuelve en piedra. El Colegio mata a los colegios, mata a la Universidad. La Internacional jesuítica después de Westfalia, manda al diablo a España y a los Austrias. La Internacional conspira en Portugal contra España. Disgregación. El Estado, y no España, se agota. Europa la reparte.

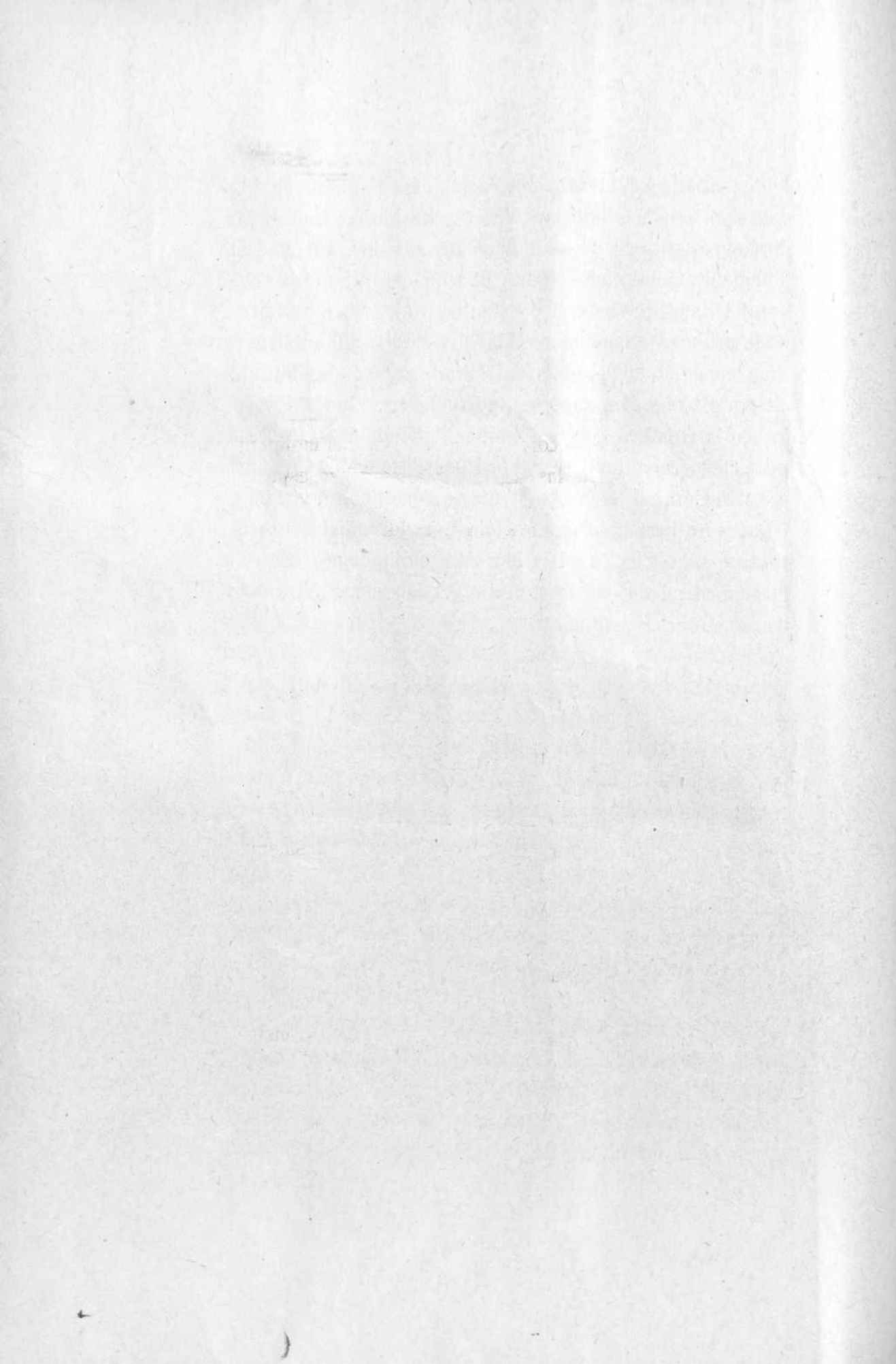
GUERRA DE SUCESION Y SIGLO XVIII.—Epoca

aciaga para el país. Pasos de tropas, devastaciones, batallas. Luis XIV bisnieto de Felipe II. Ingleses, alemanes, austriacos. Otra vez católicos y herejes. La Universidad se declara por los franceses y por la Religión. La Catedral funde toda su platería y se la entrega al Borbón. Macanaz, Rector poco antes, presta la dimensión intelectual al nuevo orden. Hace historia, escribe historia. Sistematiza: "la unión con Francia es réplica de la Edad Media española: Carlo Magno, Alfonso el Casto, Alfonso VI, San Fernando, San Luis: Edad Media germinal: paréntesis de los Austrias, extrapolación". La tierra de Salamanca se despuebla con la guerra. Los despoblados la cubren negativamente. Los nombres quedan en los archivos. Población rural mínima. La Universidad tendida y yerta. Torres Villarroel la galvaniza, parece resurgir. Los jesuitas la animan poco antes de su expulsión. Caso extraordinario: Carlos III no deja ni una fuente, ni un edificio ni una estatua. Villarroel profetiza la Revolución francesa. La gran Plaza Mayor: cofradías, procesiones, fiestas de toros. Barroco dieciocheno. La enciclopedia ocupa los vanos de la expulsión jesuítica. Neo-clasicismo prócer en el nuevo Colegio de Anaya. Visita académica de Jovellanos. "Purifica" a golpe de pico la ornamentación churrigueresca de Calatrava. Nueva vida inusitada, presagio de la agonía. Conversión de eje del lenguaje, del estilo. Academias, arcadias, inspección de colegios, conatos de reforma.

REVOLUCION FRANCESA Y FRANCESADA.— Escuela salmantina. Enciclopedistas. Doceañistas. Poetas. Masónes. Afrancesados. Tavira, Gallardo, Meléndez Valdés, Jovellanos, Iglesias de la Casa, Sánchez Barbero, Muñoz Torrero, Quintana. El último esfuerzo de la

Universidad. La última generación, en España, de los estudios: después, incompetencia y barbarie general. La ciudad se entrega alternativamente a fodos. El general Thiébault, Gobernador de la ciudad, Doctor, honoris causa, del Estudio. General dilettanti y rudo. Abre perspectivas urbanas a cañonazos. Derriba media ciudad strategiae causa. La ciudad no es sitiada nunca, se entrega siempre. Franceses, ingleses, portugueses. Ciudad Rodrigo, en la frontera, padece sitio, se defiende heroica. Arapiles: las granadas llegan a la Puente Romana. Wellington. En Cádiz dirigen estudiantes salmantinos de la postrera y no heredada generación. Los doceañistas no retornan a la Ciudad. Gárrulo metropolitanismo central. Desamortización de la cultura. Consunción: Otra vez consunción del Estado.

---

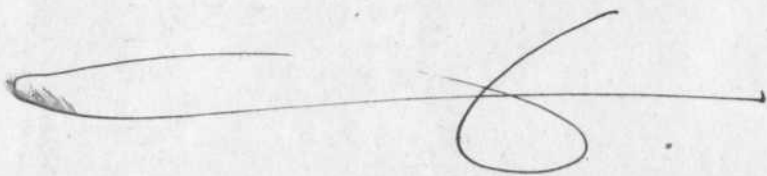




### III

1. Valladolid fué la Universidad del Derecho Canónico y Civil, Alcalá la de las Humanidades, y Salamanca la de la Teología. Pero como la Teología era el motor de la cultura universal en los siglos de la grandeza española, coincidiendo en los países latinos con una época de necesidad y angustia del catolicismo, resultó que la Universidad de Salamanca, aun en las esferas de las otras, realizó una misión intelectual más representativa. Así, en efecto, la aportación jurídica de España al mundo fué la creación del Derecho Internacional a cargo de los teólogos de Salamanca. Y por las mismas, la polémica gramatical más importante que se debatió en España, entre hebraístas y helenistas, fué la que abocó al proceso de Fray Luis de León, a cargo todo ello de teólogos, como la publicación de la Biblia de Vatablo. Esto aparte de que la filología en España se inició con los años salmantinos de Nebrija y de Juan del Encina; y abocó a su más espléndida y barroca florescencia en la Minerva del Brocense y en su filosofía gramatical.

2. La historia cultural de la ciudad, en cuanto específicamente creada por ella, se reduce a una lucha entre dos órdenes distintos: de un lado el cultural con su instrumentación académica, y de otro lado el poder político; sin que el primero, como era su misión, quisiera ser nunca el intérprete y el justificador ante el mundo del segundo, aun en el sentido de la universalidad que el poder





político poseía. Esta disociación marca el sino desgraciado de España. La ciudad y su estudio buscan la universalidad por otro camino, el de la catolicidad, entendido en el sentido de rebasadora ecuménicamente del catolicismo español. La historia medieval de Salamanca no es otro que la lucha de la ciudad con los Condes y Duques de Alba, representantes del poder territorial. La comunidad salmantina la organiza el bachiller Maldonado contra el César. No que no quisieran seguir a Don Quijote, y a sus compromisos europeos, sino que andaban obsesidos de otra universalidad: ésto es lo específicamente salmantino en las turbulencias comuneras. Después de Villalar, surge el Maestro Vitoria frente al César, y los dominicos frente a Ginés de Sepúlveda, que entonces era el representante legítimo del renacimiento español nacionalista. El César y el gran Ginés seguían una razón de universalidad hispánica, fuera de los términos abstractos de un comunismo platónico aderezado con la lógica de Aristóteles. La Universidad no les sigue: Fray Luis de León, típicamente salmantino-académico, sólo se conmueve para endechar la renuncia y la retirada del César.

3. Valladolid y Salamanca. Eran los polos del poder de Castilla hispanizante, durante el siglo XVI. Salamanca, el centro teológico de la catolicidad española. Valladolid, el cesáreo de la inquisición, de la chancillería, de la universidad de juristas pragmáticos, y de las más famosas Cortes. Valladolid sirvió mejor a la cohesión nacional expansiva, mantenida bajo el signo de los Reyes. Sepúlveda y Serafín de Freitas pertenecen al ciclo de Valladolid. Los togados de la chancillería y del Gobierno redujeron a los conquistadores de América en

el orden de la justicia pragmática y del derecho del Estado; y asistieron a la articulación jurídica y diplomática de la política española en el centro de Europa. El Maestro Vitoria negaba la absolución a los conquistadores: Lagasca, el togado, les cortaba la cabeza. Los procedimientos y los motivos eran distintos. Salamanca sintió menos la grandeza cesárea, en aras de una catolicidad teológica y de una filantropía fácil, encuadrada en los principios rígidos de un ordenamiento racional abstracto. De Valladolid proceden las leyes de Indias: de Salamanca, a lo lejos, el comunismo semiplatónico de Las Casas y de los jesuitas del Paraguay. Los Teólogos tenían menos responsabilidades vitales que los togados, se cernían a volatines en un medio menos denso, y pisaban menos recio entre el aire común y sobre el pavimento de la realidad. Pero su obra, bajo un signo de generosidad, fué más deslumbradora y más universal. La misión de Salamanca fué más plausible para una época como la actual, chiliástica y catastrófica, de Sociedad de Naciones y de ascetismo económico. Valladolid no ha tenido correlato histórico posterior, a falta de *risorgimento* nacional y de nuevo sentido político a la manera de Italia y de Alemania en el siglo XIX. Luchó Salamanca contra los nacionalismos protestantes, y contribuyó a que España diera por ello toda su sangre a costa de su vida. Contempló la perfección del sér y de sus categorías, escapándosele, por debajo, el poder y el hacerse de la materia. La catolicidad quedó asegurada; mas sobre este logro feliz, el signo vallisoletano pudiera ser en lo futuro más estimulante y más salutario. Salamanca padeció y sucumbió bajo el signo español de la perfección. Aún puede apurarse más el parangón.

En la escultura y en la arquitectura se cifra una antífrasis relativo-cultural entre Valladolid y Salamanca. La arquitectura es empresa de Reyes: la escultura, expresión de la Religión. Pero esculpió la primera y edificó la segunda. Y es que los Reyes edificadores se trasladaron al Centro. La teología popular esculpió en Valladolid y llenó de bultos y de retablos a toda Castilla, espectáculo insigne. Salamanca se entregó a la construcción sin ayuda de nadie, e irrumpió por esta manifestación un impulso teológico, no popular, sino esotérico. Sólo en la época de la síntesis barroca edificaron los Reyes en Salamanca.

4. La ciudad y el campo. Este motivo dominante discurre por toda la historia de Salamanca. El contraste de entrambos es absoluto, y la relación constante. Ni un docto famoso, ni un poeta urbano, fueron salmantinos; pero todos los poetas del campo, salmantinos son, y por la mayor parte, universitarios. La Universidad, por antítesis, se complace en el dialecto rústico, y sus poetas utilizan los efectos y contrastes dramáticos que sugiere, a la par del estilo y teatro latino que fomenta la misma universidad. El tema genérico de la dramaturgia salmantina consiste en utilizar la oposición psicológico-social entre el rústico y el cortesano o el estudiante. Juan del Encina y Lucas Fernández tratan el dialecto, más rústico que regional, con el mimo y la superioridad del amator de las esencias campesinas y con el efectismo del contraste rústico-urbano. Son académicos también los que como el Maestro Gonzalo de Correas y Hernán Núñez catalogan los refranes, los modos y los idiomatismos populares. Nace el Folklore en la Universidad, tratado, ya a la manera artística, ya a la manera esta-

dística, y por lo tanto científica. Esto es lo que puso el campo como materia, bajo la forma general científica puesta por la tradición humanística. En el siglo XVI trabajan en la materia folklórica Sebastián de Orozco, autor del "Entremés del Villano", y Bartolomé de Palau, autor de la "Farsa salmantina"; y en el XVII Lope de Vega, en las "Batuecas del Duque de Alba", y Tirso de Molina en la "comedia famosa de la Peña de Francia". Pero en estos dos grandes poetas el motivo dominante fué desarrollar el tema de las Batuecas, el cual, más bien que del hombre rústico, es tema del hombre primitivo y del origen del lenguaje.

5. Un tempero maternal edificatorio amparaba, sobre la tierra salmantina, la cosecha de edificios; por dentro, en los cimientos, un ambiente tibio de claustro maternal; pero era un aliento teológico el que impulsaba la obra secular del alma mater: *si Dominus non aedificat domum, frusta laboraverunt aedificatores in ea*. Este misterio y esta sentimentación, impulsaba a los teólogos-arquitectos, contemplando en la oscuridad del misterio, y a plena luz en la superficie luminosa, cómo la sapiencia teológica se edificaba su propia casa. La urbe celibataria había encontrado su emplazamiento, y la civitas salmantina se extendía sobre los tres cerros y los dos valles llenando todos los vanos y resquicios. Ejemplo de urbanidad, y de hiperurbanismo, el más grande pensable e imaginable, separado de la rusticidad asediante por un hiato apodíctico. Tal es la sensación que provoca el centro de la ciudad, la gran Plaza. El que anda y se aleja del centro cree topar con un valle y discurre por un tránsito; y cree abocar a un monte, y topa con una catedral o basílica; o bien cree abocar a un castillo en

la montaña y se desbrucia contra el encastillado contrafuerte de una fachada. El contraste de campo y poblado es tajante y provoca las más originales reacciones y relaciones que dan razón de la historia local. Con todo, esta rara urbe, en ocasiones solemnes y continuas, ha sabido enfrentarse con el orbe.

6. Pero, sobre todo, Salamanca, con su ciencia de piedra, dió también su piedra. Piedra de la cantera de Villamayor, a una legua de la ciudad. Piedra franca, la llaman. Piedra mollar, sin nudos, ni vetas ni escándalos. La labran como madera, con instrumentos parecidos a los del carpintero: el cepillo, llamado tren, y el torno. Sale de la cantera chorreando agua elemental, como el queso de la zafra de aceite. Dicen los oficiales que, de aguanosa, se parte como queso. Sólo en ella puede ser aplicada la talla afilegranada de los plateros, gremio ilustre de la Ciudad. Esta es la piedra que sostuvo el nacimiento de los estilos: el plateresco, que trataba las fachadas como retablos; y el barroco, que daba a sus placas y hojarascas calidades de tejido orgánico. El cierzo orea la piedra y la endurece; y el sol la dora con matices de Mediodía y de Poniente sin nubes, como una creación recién salida del fuego y no ya del agua.

7. Es curioso: este pueblo no ha producido ninguno de los famosos maestros y escritores que han fraguado su nombre. De pronto se convirtió en monasterio, y albergó una gran población de célibes forasteros. Ningún teólogo de San Esteban, ningún humanista de San Agustín, ningún moralista del Carmen y de Santo Tomé, ningún exégeta del Máximo, ningún asceta de San Francisco o del Calvario, ningún rector ni maestrescuela famoso fué salmantino. Ningún excelso poeta de los que


discurrieron por las riberas del Tormes. Pero fueron salmantinos los potentados constructores, los obreros mayores y los obreros. Lo fueron ante todo uno y otro Fonseca, padres de la ciudad de piedra, lo fueron varios de los Maestros Mayores de San Esteban, de la Salina, de Monterrey, del del Arzobispo, de la Catedral Nueva y los de la Plaza Mayor. Lo fueron los filigraneros de la piedra, los escultores de los medallones, de los capiteles, de las cresterías, de las cornisas, de las pilastras. La ciudad puso sus piedras, y, la ordenación de sus piedras, llamadas a vida por el soplo y el hálito teológico de la legión variopinta (de todos los hábitos) de teólogos, venidos a Salamanca de todas las túrdigas y tolondros de la piel del toro hispánico.

8. La Universidad pudo definirse así: la comunidad o universidad de docentes y discentes adscritos a los colegios que orgánicamente la conforman. Los Colegios no eran los sustratos, pero sí los sistemas. Vivía la Escuela en y por sus Colegios. La organización insolidaria y guerrera de la Compañía, trastornó la economía académica colegial. Un colegio acabó con todos los demás: primer golpe letal dado a la Escuela. La ciudad de piedra resistió el golpe, animada de su vitalidad. Creó un nuevo estilo, y brotó otra vez con la fuerza de un injerto. El segundo golpe lo recibió la Escuela y la ciudad con la expulsión de la Compañía y de los Islas y Losadas que la decoraban. Las raíces vivaces de la ciudad volvieron a surgir en provena, y alimentaron el doceañismo y el reformismo de los enciclopedistas, medio afrancesados y medio masones, última generación leída y escrita en Humanidades, y última organización cultural de España. La desamortización, la supresión de la Teología, provocaron

la pérdida de la tradición de los estudios y, con ello la decadencia cultural de toda la nación. Salamanca dejó de ser el foco cultural hispánico; pero con la consecuencia terrible para el país de la falta de compensación. La ciudad se convirtió en pueblo con nombre y trato de provincia. Un naturalismo, deletreado con sus propios recursos por el hombre mozárabe del nuevo Centro, substituyó a la tradición salmantina e hispánica universalizante. Apareció el Centro geográfico y político en forma de provincialismo cultural inexpresivo ante el mundo. Sobre un metropolitanismo gárrulo fué creada la gran capital suntuosa de un pueblo pobre, levantada, como las Pirámides, sobre el Desierto. El esfuerzo es desgraciado, porque el provincialismo cultural ha derivado a un provincianismo imitatorio de los focos internacionales; y es emocionante, porque todo provincianismo es comienzo de civilidad, aun en medio de la general rusticidad y a vueltas de la cursilería intelectual incurable. La civitas salmantina quedó acogotada entre el murmurio profético de una vindicta trascendental. Nada la ha sustituido, si no es la disipación general de los destinos raciales y da la cohesión del estado nacional. De un lado el lugar corto, donde cantan los gallos sobre los estercoleros; del otro, las pirámides provinciales y su buena voluntad de sintonizar en medio del concierto del mundo. Una mitad de la historia civil de Salamanca fué piedra. Hoy queda la piedra y queda la cantera.

9. Salamanca es hoy un misterio para sí misma. Los restos de su grandeza, después de derribada media ciudad, prevalecen en cantidad imponente, que ocupa todos los ámbitos de su área actual, y que atosiga al contem-

plador con su multifaria presencia. La coordinación del pasado con el presente se convierte de problema en pesadilla. Salamanca en el resto de España es completamente desconocida. La razón que se aduce es de orden, por decirlo así, estratégico-turístico-comercial: está, dicen, fuera de las comunicaciones generales. La historiografía de la cultura española, que se inicia lentamente, se encuentra, sin el concepto Salamanca, con una laguna que viene a ser como el impase de los asnos. La consecuencia es grave porque pone de resalte la imposibilidad de reconstruir en esta situación la Previsión y la Historia de España.



X641045238

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403413033